



EL ABANDONO DE <<LIS ESTELES>>

Miguel Escudero

Email: escudero@mat.upc.edu

Departament de Matemàtica Aplicada, Universitat Politècnica
de Catalunya

Las posibilidades de comunicación dictarán la sentencia. El próximo siglo -sería solemne en exceso decir milenio- asistirá a una convergencia de las culturas oriental y occidental. De estas imbricaciones lo que interesa es la fecundidad, esto es, la potencia que depara a la vida personal.

Si cultura es, como entendía Ortega, ese lugar donde podemos trasladar nuestras entrañas, entonces es claro que la primera misión de cada ser humano en ese camino será *identificarlas*, hacernos a la idea de que *nosotros somos alguien* y, por eso, *ellos*, los otros humanos, también.

El monje católico norteamericano Thomas Merton (1915-1968) escribió a propósito del sabio chino Chuan-Tzú que la vida en sociedad trae como secuela confundir nuestra existencia, pues nos lleva a obsesionarnos con lo que no somos y a olvidar *quiénes* somos realmente. Todo podría quedar como un mero juego de palabras si no especificásemos que «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». El «yo», individual o social, no se salva si no se atiende a lo que nos rodea, siempre cambiante.

El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia; es persona, es el animal que tiene vida humana, a pesar de que no la aproveche o de que sea tratado sin compasión. Los pueblos no tienen identidad, sino herencias con las que construir el futuro. *Nada humano me es ajeno* es el lema de todo pueblo que sabe prolongarse.

Con un punto de sosiego, y curándonos de la ansiedad que nos abrumba, podríamos advertir que «todo el cosmos es un grano de arroz, y la punta de un cabello es grande como una montaña». Una sentencia con *sabor oriental* pero compatible con el estilo occidental, así nuestro poeta Maragall decía creer que «el hombre más sabio del mundo es aquel cuyos ojos, habiendo visto mucho, conservan del todo la visión del niño de antes de ir a la escuela». De este modo, acabamos por cruzarnos con la música del lenguaje y la mística.

El propio Maragall escribió a principios del siglo XX un artículo de prensa profundamente personal y que merece ser leído íntegramente, «Las lenguas francas», en donde busca *la niñez fermentada de las lenguas*, esto es, en clave orteguiana, su poesía. Habla Juan Maragall (así se firmaba cuando escribía en castellano) de su enamoramiento de las variantes múltiples y encantadoras de un mismo lenguaje áspero y dulce, *libremente matizado*. Camino del pueblo gascón de Gavarnie en la oscuridad de la noche, nos cuenta que acercándose a Gedre, «pueblecillo que lleva un nombre bonito» surgió «como una pequeña hada, una niña de cinco o seis años, pidiendo limosna -¿podíamos negársela?-. La hicimos hablar por el gusto de oírla. -¿Cómo llamas tú a las estrellas? -le preguntamos (a aquellas alturas sólo se ocurre nombrar cosas grandes y maravillosas). -*Lis esteles* -contestó con su vocecilla de hada en el infinito silencio. ¡*Lis esteles!* Alzamos los ojos al cielo y las

estrellas nos parecieron brillar con nueva luz del inmortal misterio». Y explica que la dulce libertad del verbo pirenaico le penetró deliciosamente en el hondón del alma.

Concluye exclamando: «¡Cómo quisiera meter este sentimiento en las entrañas de nuestros hermanos pirenaicos que desprecian su *patois* (*patois*, pero suyo) por la hermosa lengua de Racine (hermosa, pero de Racine)!» Es el orgullo de una lengua *secundaria* que se defiende de toda ideología por *propia* que sea; con presión oficial y chantaje afectivo hay en la España de hoy casos de domesticación y sometimiento mediante la lengua, de este modo se estrangula el pensamiento, la expresión libremente matizada.

Unamuno, entrañable amigo del escritor catalán, pedía oír en el silencio los ecos dulces de la niñez lejana como rumor de aguas frescas y vivas, esto es, con afán de recuperar el tiempo pasado. Pero «¡Santa sencillez! Una vez perdida no se recobra», confiesa en su *Diario Intimo* (publicado por primera vez en 1970). No obstante, creyendo que hay que vivir con toda el alma, se propone vivir en adelante «obsesionado en salvar mi alma».

Demasiado anunciado, ¿a quién le seduce el plan del medieval místico alemán que recomendaba: «Acuéstate a la noche como si fuesen a enterrarte a la mañana, y levántate por la mañana como si hubieran de enterrarte a la noche»? ¿Quién lo podría soportar siguiendo el consejo de forma literal? Otra cosa es sentenciar: «Cuanto más vivas en Dios más en tí mismo vivirás, más dentro de tí mismo, y serás más tú». Hay en las páginas de esos cuadernos de Miguel de Unamuno dos frases, en particular, que resultan hoy día insólitas por su franqueza y decencia. En la primera, el escritor vasco, despierto de su vanidad, afirma: «He vivido soñando en dejar un nombre». Claro está que esto no es negativo en sí mismo, salvo que nos reduzca la autenticidad

personal. Por su parte, la segunda frase es un diagnóstico singular, de valor imperecedero: «Estoy muy enfermo, y enfermo de yoismo».

Para sobreponerse de esa caída hay que seguir una ruta de soledad, donde lo importante no es llegar primero sino saber llegar para *volver a vivir*. La cultura no sería entonces el lugar o la posada donde podemos trasladar nuestras entrañas, sino el zurrón que llevamos en nuestro itinerario íntimo: una bolsa con poco peso al costado de quien está dispuesto a quemar las naves fantasmas de la vanidad y llegar a puerto para bañarse como náufrago de la vida. Algebra de estas metáforas es Compostela, hacia ella conduce por los campos, peregrinando, un recorrido mágico y magnético. El camino alfombrado de estrellas se *inauguró* con las debidas licencias eclesiásticas en el siglo IX, pocos años después de que un ermitaño observara una lluvia de estrellas y la asociara con el anuncio divino del oculto sepulcro del apóstol Santiago. Hoy día, el camino de los peregrinos, nombre específico de los que se dirigen a la localidad gallega para acabar dando un abrazo al busto del hijo del Zebedeo, está de moda. Las razones de tal peregrinaje han evolucionado con los siglos, pero ahora ¿qué se busca con esa marcha?

«Deportivamente» se aproxima a las tan concurridas carreras pedestres por las urbes, pues de lo que se trata es de participar y llegar a la meta en ambiente masivo de fiesta. Pero en este caso aparece un componente religioso intermitente. Se sea creyente en Cristo -con mayor o menor fervor, con mayor o menor coherencia- o no se sea, se acaba el *juego* llegando con gozo al adorado templo. Muchos evadidos de las ciudades, acaso con más de un desespero a cuestas, buscan renovarse, sentirse capaces de alguna gesta reconocida, huyen de la anomia de las ciudades, cuyas luces deslumbrantes impiden *ver*. Sin embargo volverán a *casa* con indefinible saudade al finalizar su visita por esos

terrenos, semejantes a los ocupados hasta no hace mucho por sus antepasados rurales, y que han hecho suyos con su andar. La presencia patente y benigna de la historia fortalece el deseo.

Es evidente que sólo el tiempo libre nos ha permitido seguir *el camino*, un camino también ruta de comunicación social y económica. Y aquí nos encontramos con las entreveradas razones líricas del ser humano. Lo más hondamente interesante que hace un hombre con su vida no es para hacer negocio. Por eso conviene reivindicar el ocio como tiempo personal, reconquistarlo de su imagen más engañosa, el cebo de un negocio organizado con ávidos buscadores de dinero y placer.

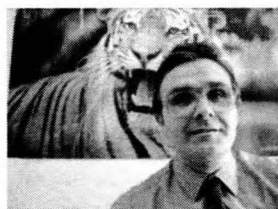
Maragall se refirió lúcidamente al ocio como «la condición indispensable de ciertos descubrimientos científicos y de la producción poética, artística. La condenación del ocio conduciría a resultados desastrosos. Porque ocio se llama, por ejemplo, la conversación y la lectura; y, sin embargo, una y otra son las que forman principalmente la opinión y las costumbres». El ocio nos permite así el tránsito de la holganza a la holgura en la vida. Con sosiego siempre podemos *reconsiderar* las cosas y las personas, el que hacer vital.

Nunca acaban de desaparecer las estrellas, tarde o temprano reaparecen. Pero no podemos quedar prendidos de por vida a una hoja, analógica o digital, examinando el anuncio de la hora afortunada, los horóscopos que dan la nota de los vividores. Ansiosos de forma crónica por el espectáculo universal, hemos celebrado hace pocos días que el Sol abandonase la escena y desertase de su papel. Esto significa el término de origen griego eclipse: deserción, abandono, desaparición. La mayoría ha asistido al evento con atropellado y frustrante jolgorio; otros han confiado en el desastre final. Entre aquellos ha

sido inevitable para algunos sentir la «injusticia cósmica» de la distribución del oscurecimiento solar; en España, la capital menos *afortunada* fue, según leo, Las Palmas de Gran Canaria, con un 23 por ciento, mientras que San Sebastián y Santander encabezaron la lista con un 78 por ciento. Ha habido asimismo pueblos enteros de la Tierra que, dominados por la ignorancia e inconscientes del saber científico, han tomado al pie de la letra sus mitologías.

Aunque estemos a años luz de la comprensión de la mecánica celeste y de la ciencia astronómica, ¿cómo podemos suplantarla? En su camino por la vida el hombre ha de saber arrastrar su *sombra lunar*, sus carencias y deficiencias. Desde ese *saber no saber*, no abandonará su guía, a veces invisible, de «lis esteles».

AUTOR



Miguel Escudero es profesor titular de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Telecomunicación de Barcelona, adscrito al Departamento de Matemática Aplicada IV de la Universidad Politécnica de Cataluña. También es Doctor en Filosofía y Letras y ha escrito artículos de opinión en publicaciones como 'Cuenta y Razón', el diario 'La Vanguardia' o 'Buran'.